

agentes que se ocupaban del armamento, eran en su mayor parte dependientes mimados del obispo, y sabían que vejando á Colon se atraían la benevolencia de aquel. Consideraban al Almirante despopularizado ya, y creían por lo mismo poder ofenderle á mansalva; así es que no tenían escrúpulo en hacinar delante de él todas las dificultades imaginables, y hasta le trataban á menudo con la petulancia característica de los hombres innobles y rateros que se ven con un empleo.

Parece en el día casi increíble, que tan importantes y gloriosas empresas hubiesen estado sujetas á tan mezquinas oposiciones. Colon las sufría con silenciosa indignación. Era extranjero en la tierra que estaba beneficiando; veía que el aura popular se había disipado, y que necesitaba armarse de mucha resignación para llevar á cabo sus proyectos. Pero tanto llegaron á desalentarle los impedimentos que á cada paso encontraba, y las preocupaciones del público inconstante que estuvo inclinado á abandonar para siempre los descubrimientos. Solo le indujeron á perseverar en sus planes su gratitud hacia la reina, y su deseo de hacer algo que pudiese mitigar su aflicción. Por último, después de toda especie de dilaciones provocativas se aprestaron para el mar los seis bajeles, aunque no se pudo vencer la repugnancia pública todo lo bastante para alistar el número señalado de gente. A más de las personas de que se ha hecho ya mención, iban en la expedición un médico, un cirujano, un boticario y varios sacerdotes para reemplazar al padre Boil y á otros frailes descontentos; y también hizo embarcar el Almirante algunos músicos para alegrar y vivificar el espíritu de los colonos.

Las insolentes provocaciones que Colon había sufrido de los agentes de Fonseca durante el largo tiempo de los preparativos, le siguieron vejando hasta el último instante que permaneció en la península y no le abandonaron hasta la misma playa. Entre las indignas y bajas personillas que tenían por ocupación injuriarlo el más bullicioso y arrogante era un tal Jimeno de Brivesca, tesorero ó contador de Fonseca. Dice el venerable Las-Casas, que no era cristiano viejo; insultaba con su lengua y hasta con su semblante y haciéndose eco de los sentimientos de su patrono el obispo se había permitido burlarse en todas partes del Almirante y de sus empresas. En el momento mismo en que iba la escuadra á levar anclas, se vió Colon insultado de nuevo por el insolente Jimeno, ó al acabar de entrar á bordo. Sin tiempo de reflexionar sobre las consecuencias, olvidó el Almirante su apacibilidad ordinaria; estalló la indignación que tanto tiempo había reprimido; arrojó al suelo al vil adulator, é hiriéndolo con el pie repetidas veces, dió salida en aquel repentino parasismo á las injurias y vejaciones acumuladas en su espíritu á fuerza de tiempo.

Nada demuestra tan bien lo que Colon debía de haber sufrido por las maquinaciones de hombres indignos, como aquella pasión involuntaria, tan rara en su ánimo siempre subordinado á la razón. Sintió mucho semejante ocurrencia; y en una carta escrita algún tiempo después á los soberanos, les suplica que no permitan le injurie en su opinión, como podría, pues estaba ausente, y era envidiado y extranjero. Las aprensiones manifestadas de este modo tan sencillo no eran gratuitas; y Las-Casas atribuye á la mala impresión que causó este negocio, las humillantes medidas que poco después tomaron los soberanos respecto á Colon. Había sucedido cerca de los reyes, y por decirlo así, á su propia vista, y habló por lo tanto á sus sentimientos con más viveza que pudieran hacerlo distantes alegaciones. El castigo personal de un empleado público se presentó como ejemplo del vengativo carácter de Colon, y como una prueba de los cargos de crueldad y despotismo precedentes de la colonia. Como Jimeno era criatura de

Fonseca, se presentó el asunto á los reyes bajo el más odioso punto de vista. Así las intenciones generosas de los príncipes, y los altos servicios de sus súbditos, suelen inutilizarse por la intervención egoísta de astutos empleados. Por su implacable hostilidad hacia Colon, y las malévolas obstrucciones con que embarazaba la más grande de las empresas humanas, Fonseca inmortalizó su nombre, uniéndolo al desprecio de todos los corazones generosos.

LIBRO X.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON DE ESPAÑA EN SU TERCER VIAJE. —
DESCUBRIMIENTO DE LA TRINIDAD.
(1498.)

El 30 de mayo de 1498 salió Colon de Sanlúcar de Barrameda y emprendió con sus seis buques el tercer viaje de descubrimientos. Se propuso no seguir el mismo derrotero que en el primer viaje. Pensaba partir del cabo de las Islas Verdes, y navegar al Sud-Este hasta la línea equinoccial virando entonces al Occidente, á favor de los vientos constantes, y siguiendo aquel rumbo hasta llegar á tierra ó á la longitud de Española. Varias consideraciones le habían sugerido este plan. En los viajes precedentes, cuando costó el Sur de Cuba, bajo la creencia que fuese el continente de Asia, había observado que se extendía aun más hacia el Sur. De esta circunstancia, y de los informes de los indios caribes, dedujo que un gran trecho de la tierra firme yacía al Sur de los países ya descubiertos. El rey Juan II de Portugal parece haber tenido una idea análoga, según Herrera, quien recuerda la opinión expresada por aquel monarca, de que había un continente en el Océano del Sur. Partiendo de esta creencia Colon suponía que á proporción que se aproximase al Ecuador, y estendiese sus descubrimientos á climas más sujetos á la influencia abrasadora del sol, hallaría en las producciones de la naturaleza vigorizadas por sus fecundos rayos, más preciosas y perfectas cualidades. Robustecía su dictamen una carta que de orden de la reina le escribió Jaime Ferrer, docto lapidario, que en sus escursiones en busca de piedras y metales preciosos, había visitado el Levante y varios sitios del Oriente, y platicado con los mercaderes de las partes más remotas del Asia y del Africa, y con los naturales de la India, la Arabia y la Etiopía. Se suponía á Ferrer muy versado en la geografía general, y muy imbuido en la naturaleza de los países en que se procuraba sus ricas mercancías. En esta carta aseguraba á Colon, que según su experiencia, los objetos preciados de comercio, tales como oro, piedras preciosas, drogas y especias, se hallaban principalmente en las regiones de la línea equinoccial, cuyos habitantes eran negros ó de color oscuro; y que hasta que llegara á pueblos de aquella especie, no creía que hallase dichos artículos en mucha abundancia.

Colon pensaba encontrarlos hacia el Sur. Se acordaba que los naturales de Española habían hablado de ciertos negros que del Sur y del Sud-Este pasaron una vez á su isla armados de lanzas cuyas puntas eran de una especie de metal que ellos llamaban guanin. Habían dado al Almirante una muestra de dicho metal, el cual sometido á análisis en España, se vió que se componía de diez y ocho partes de oro, seis de plata, y ocho de cobre; prueba de la riqueza de las minas del país de donde se habían extraído. Charlevoix conjetura que aquellos negros procedían de las Canarias, ó de la costa occidental del Africa, y que una tempestad les arrojó á las de Española. Colon estaba probablemente equivocado en cuanto al color sin duda por haber entendido mal á los indios; pues

parece difícil que los naturales del Africa ó de las Canarias hubiesen dado cima á un viaje tan largo en las frágiles barcas en que navegaban.

Para averiguar la probabilidad de estas suposiciones, y en caso de ser fundadas, llegar á los favorecidos y opulentos climas del Ecuador, habitados por gentes de color, semejante á las africanas que viven bajo la línea, Colon en el tercer viaje al Nuevo-Mundo se dirigió mucho más al Sur que en las escursiones precedentes.

Teniendo noticia de que cruzaba una escuadra francesa por el cabo de San Vicente, volvió al Sud-Oeste al salir de Sanlúcar; y tocando á las islas del Puerto-Santo y Madeira, donde se aprovisionó de leña y agua, prosiguió su viaje á las Canarias. El 19 de junio llegó á la Gomera, donde encontró anclado un corsario francés con dos presas españolas. El capitán francés al ver entrar en el puerto la escuadra del Almirante, se hizo á la vela inmediatamente, seguido de sus presas; dejando una de estas en la precipitación del momento, parte de la tripulación en tierra, por lo que ganó el mar con solo cuatro hombres y seis prisioneros españoles. Colon creyó primero que eran buques mercantes, alarmados por su guerrera apariencia; mas luego que supo la verdad, envió tres bajeles á perseguir á los fugitivos, aunque le llevaban ya demasiada ventaja. Pero los seis españoles que iban á bordo de una de las presas, viendo que tenían cercano auxilio, se reaccionaron contra sus opresores, y llegando oportunamente un buque del Almirante, se recobró la presa, y regresó en triunfo al puerto. Colon cedió el buque al capitán, y entregó los prisioneros al gobernador de la isla, para que los cangearse por seis españoles de los que estaban presos en el corsario.

Colon, dejando la Gomera en 21 de junio, dividió su escuadra fuera de la isla de Ferro, enviando tres buques directamente á Española con provisiones. Mandaba uno de ellos Alonso Sanchez de Carbajal, natural de Baeza, marino de mucha intrepidez y honrado corazón; el segundo Pedro de Arana; cordobés y hermano de doña Beatriz Enriquez, la madre de Fernando Colon. Era primo del desventurado gefe que gobernaba la fortaleza de la Navidad, cuando la arrasó Caonabo. El tercero iba á las órdenes de Juan Antonio Columbus (ó Columbo), genovés, pariente del Almirante, hombre juicioso y de mucha capacidad. Estos capitanes debían mandar alternativamente una semana cada uno, y Colon les señaló el orden del mando. Al llegar á Española debían tomar al Sur hacia la nueva ciudad y puerto, que suponía establecido ya en las bocas del Ozema, según las órdenes dadas á Coronel. Con los tres bajeles restantes prosiguió su viaje al cabo de las Islas Verdes. Su buque estaba dotado de cubierta, los otros eran carabelas mercantes. Al llegar á los trópicos, la variación de clima, y el sofocante bochornoso aire de aquella latitud, le produjeron un violento ataque de gota seguido de calentura. A pesar de tan molesta dolencia, como estaba en plena posesión de sus facultades mentales, y continuaba sus diarios y observaciones con la acostumbrada minuciosidad y vigilancia.

El 27 de junio llegó al cabo de las Islas Verdes, que lejos de la frescura y belleza que su nombre prometía, presentaba el aspecto de la más completa esterilidad. Permaneció entre aquellas islas algunos días, sin poder hallar, como esperaba, carne de cabra para la provision de los buques, y ganado para criar que llevar á Española. Para procurárselo necesitaba tiempo, y entre tanto se menoscababa más y más su salud y la de su gente por la influencia del mal tiempo. La atmósfera estaba cargada de nubes y vapores; apenas se veían el sol y las estrellas; la temperatura era elevada, y el aspecto moribundo de los habitantes revelaba la insalubridad del clima.

Dejando la isla de Buena-Vista el 5 de julio, salió Colon para el Sud-Oeste con ánimo de llegar á la línea equinoccial. Pero las corrientes que iban hacia el Norte y Nor-Oeste entre aquellas islas, impedían su marcha y le tuvieron dos días á la vista de la isla del fuego. Su cúspide volcánica, que desde lejos parece una iglesia con su torre, y que se decía arrojar á veces llamas y humo, fue el último punto del Antiguo-Mundo que vieron los expedicionarios.

Continuando al Sud-Oeste unas ciento y veinte leguas, se hallaba el 13 de julio, según sus observaciones, en el quinto grado de latitud Norte. Había entrado en la región que se extiende por ocho ó diez grados á cada parte de la línea, conocida entre los marineros con el nombre de las latitudes calmosas. Los vientos constantes del Sud-Oeste y Nor-Oeste se neutralizan mutuamente cerca del Ecuador, y producen una calma permanente. La mar parece un espejo, y los bajeles están casi siempre inmóviles y con las velas caídas; las tripulaciones jadeando bajo el calor de un sol vertical, que ninguna brisa mitiga. Semanas se pasan á veces para cruzar este trecho del Océano al parecer petrificado.

El tiempo había estado por algunos días nebuloso; pero el 13 era el sol brillante y abrasador. Cesó de pronto el viento, y empezó una profunda y bochornosa calma que duró ocho días. El aire parecía de fuego; se derretía la brea, y se abrían las junturas de los buques; se pudrió hasta la carne salada; se secó el trigo como si le hubiesen puesto en un horno; los aros se desprendieron de los barriles de agua y de vino, vertiéndose algunos y reventaron otros; y era tan excesivo el calor en los camarotes, que no era posible permanecer en ellos. Aquel ardor insostenible dejó á los marineros sin fuerza y sin ánimo. Parecía que iba á realizarse la antigua fábula de la zona tórrida, y que se acercaban á una región de fuego, en que



El padre Las-Casas.

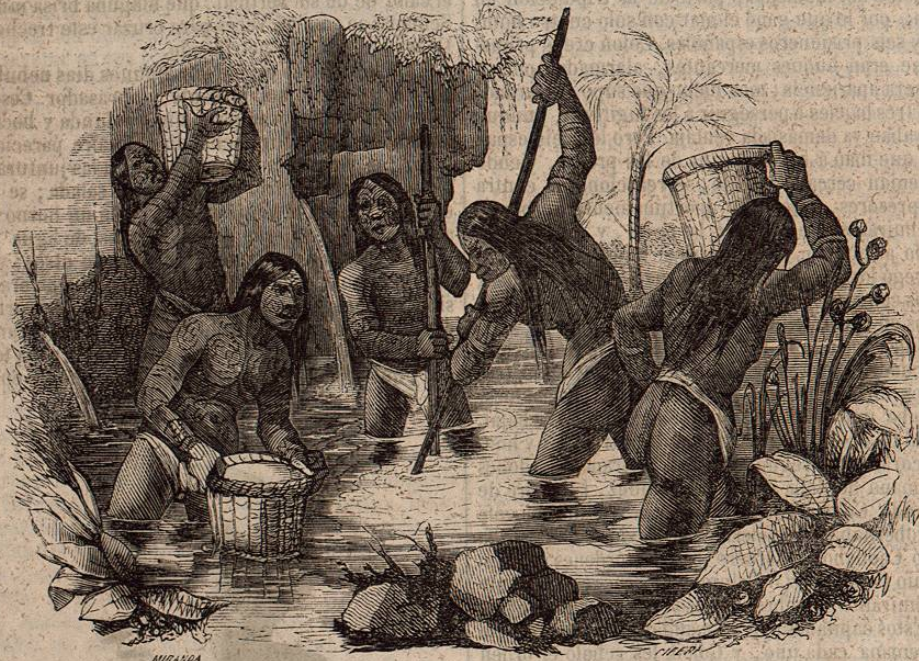
la vida era imposible. Es verdad, que los cielos estuvieron encapotados parte de este tiempo, y que caían abundantes aguaceros; pero la atmósfera continuaba cargadísima, y combinados en ella el calor y la humedad que tanto relajan la economía humana.

En este tiempo se sintió el Almirante muy agravado de la gota; pero la actividad de su ánimo, unida con la natural ansiedad en que se hallaba, no le permitieron reposo. Estaba en partes ignoradas del Océano; donde todo dependía de su sagacidad y vigilancia, y era forzoso observar cuidadosamente los fenómenos

de los elementos, y las señales que pudiesen presentarse de cercana tierra. Viendo que era el calor tan insuportable, alteró su rumbo tomando el del Sud-Oeste, con la esperanza de hallar mas lejos una temperatura templada, aun cuando fuese en el mismo paralelo. Habia observado en los viajes anteriores que despues de navegar cien leguas al Occidente de las Azores, se modificaban mucho la mar y el cielo, suavizándose ambos, y templándose y refrescándose el aire. Se persuadió de que prevalecia una singular blandura en el clima de cierto trecho del Océano extendido de Norte á Sur, en el cual entraria de repente navegando de Este á Oeste como si cruzara una línea. El tiempo pareció justificar esta teoría. Despues de seguir su lento camino por algun tiempo hacia el Occidente, atravesando calores y calmas, en una lóbrega y bochornosa atmósfera, salieron los bajeles á cier-

tas regiones agradables, donde algunas frescas brisas rizaban la superficie de las aguas, é hinchaban blandamente las velas. Se disiparon las pesadas nubes; se aclaró el cielo, y lució el sol con todo su esplendor, pero con rayos menos abrasadores.

Pensaba Colon, al llegar á aquel templado trecho, virar otra vez al Sur, y luego al Occidente; pero habian padecido tanto los buques, estaban tan averiados y hacian tanta agua, que era necesario buscar cuanto antes algun puerto cómodo donde rehabilitarlos. Tambien se habian perdido las provisiones en su mayor parte y casi agotado el agua. Tomó pues el rumbo directo del Occidente, deduciendo por el vuelo de las aves y otras indicaciones favorables, que pronto veria tierra. Dias y dias trascurrieron sin que se realizase su esperanza. La miseria de la tripulacion era cada vez mas apremiante; y suponiéndose en la longitud



Habitantes de la Española recojiendo arenas de oro.

de las islas Caribes, viró al Norte en busca de ellas, con ánimo de reparar allí sus buques, y dirigirse luego á Española.

El 31 de julio ya no quedaba mas que un barril de agua en cada buque, y esto tenia al Almirante en la mayor ansiedad. Al medio día, un marinero llamado Alonso Perez, que estaba por acaso en las gavias, vió destacarse del horizonte las cimas de tres montañas. Inmediatamente dió el grito de tierra con indecible gozo de la tripulacion. Al aproximarse los buques se observó que las tres montañas se unian en su base. Colon habia resuelto dedicar la primer tierra que viese á la Santísima Trinidad. Devoto como era, la apariencia de aquellas tres montañas unidas en una, le pareció una misteriosa coincidencia; y así dió á la isla el nombre de la Trinidad que conserva todavía.

CAPITULO II.

VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.

(1498.)

DIRIGIENDO la proa á la isla, llegó Colon á su extremidad oriental, á la que designó con el nombre de punta de la Galera, por estar formada por una roca

del mar de la figura de un bajel á la vela. Tuvo que explorar cinco leguas de la costa del Sur antes de poder llegar á un anclaje seguro. Al día siguiente, primero de agosto, siguió costeano hacia el Occidente, en busca de agua y de un buen puerto donde carenar los buques. Mucho le sorprendió la feracidad del pais, pues esperaba hallarle estéril y abrasado por su cercanía al Ecuador; vió magníficas arboledas y palmares, ricas florestas que llegaban hasta el mar, con manantiales y fuentes en sus sombras. Las costas eran bajas y desiertas; pero se elevaba la tierra hacia el interior, estaba cultivada en muchas partes y salpicada de aldeas y habitaciones aisladas. La suavidad del clima era tal, y tales la verdura y fragancia de los campos que Colon creia hallarse disfrutando las delicias de la primavera, en la hermosa provincia de Valencia en España.

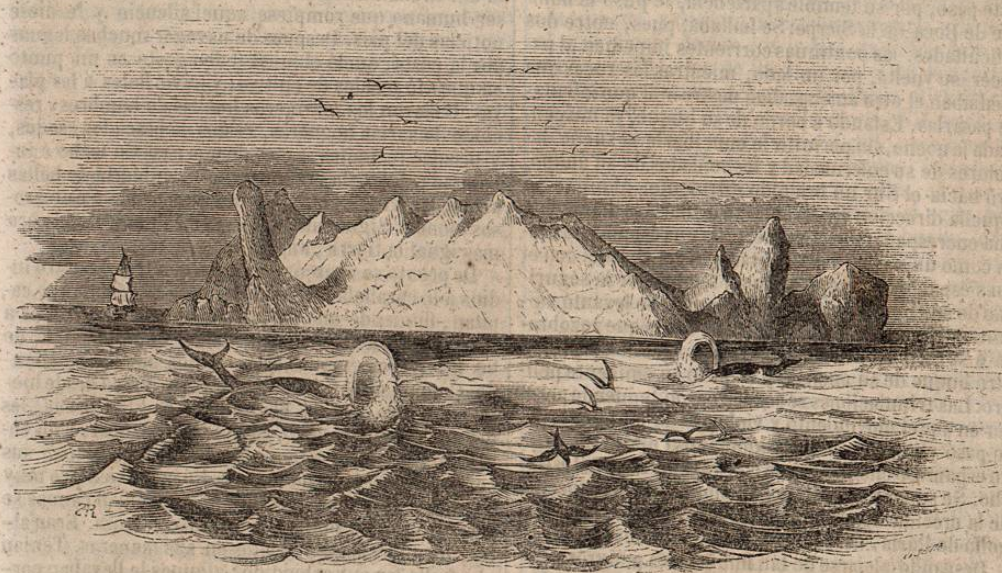
Andando en la que él llamó punta de la playa, envió los botes á tierra por agua. Los marineros hallaron un abundante y cristalino arroyo en que llenaron sus cascotes. Pero no habia puerto seguro para los buques, ni encontraron ningun isleño, aunque hallaron huellas de sus pies y varios aparejos de pesca, que habian abandonado en su precipitada fuga. Tambien

observaron pisadas de animales que los marineros supusieron cabras, aunque eran sin duda de ciervos que, como se vió despues, abundaban en la isla.

Mientras la costeaban, el primero de agosto, vió Colon tierra al Sur, que se extendia desde lejos mas de veinte leguas. Era aquel trecho bajo de costa que interceptan los numerosos brazos del Orinoco; pero el Almirante, suponiendo que era una isla, le dió el nombre de isla Santa, no imaginando, que entonces, por la vez primera, veia el continente, la tierra firme que con tanto afán habia buscado.

El 2 de agosto prosiguió navegando al Sud-Oeste de la Trinidad, dando á su cabo el nombre de punta del Arenal. Se adelantaba hacia un promontorio de tierra firme, formando un estrecho paso con una roca alta en el centro, á que dió el nombre del Gallo. Cerca de

este paso anclaron los buques. Al aproximarse á él salió de tierra una grande canoa con veinte y cinco indios dentro, y llegando á tiro de ballesta saludó á los buques en un idioma no comprendido de ninguno de los de abordó. Deseando ver mas de cerca aquella gente, é interrogarles acerca de su pais, trató Colon de atraerlos con amistosos signos, y enseñándoles espejos, vasijas de metal pulido y varios juguetes resplandecientes; pero todo fue inútil. Siguieron maravillados y silenciosos contemplando los bajeles por mas de dos horas, pero con los canaletes en la mano, y dispuestos á huir al menor indicio de acercarse los extranjeros. Se hallaban sin embargo bastante próximos para distinguirlos bien. Eran jóvenes, bien formados, mas blancos que todos los indios vistos hasta entonces, y su cabello largo. Estaban desnudos



Isla de la Trinidad.

exceptuando la cabeza que la tenian ceñida con bandadas y redecillas de algodón, y los lomos cubiertos y rodeados de telas de varios colores. Venian armados de arcos y flechas, estas con plumas y puntas de hueso; y era de notar que se cubrian con escudos. Aun no se habia visto la pieza de armadura entre los habitantes del Nuevo Mundo.

Viendo la ineficacia de todos sus esfuerzos para atraerlos recurrió Colon al poder de la música. Sabia que á los indios los entusiasmaba bailar al son de sus agrestes tamboriles y al canto de sus romances tradicionales. Mandó que se ejecutase una escena análoga á bordo del buque, cantando un marinero al son del tambor y otros instrumentos, mientras bailaban los grumetes una danza española. Pero apenas empezó la música, los indios, tomándola sin duda por una señal hostil, levantaron los escudos, prepararon los arcos, y se desprendió de ellos una lluvia de saetas. Este saludo brusco fue contestado por las armas de dos ballesteros, que los pusieron en precipitada fuga, terminando de este modo la escena.

Aunque afectaban tanto miedo al Almirante, se acercaron impávidos y serenos á una de las carabelas, y poniéndose bajo la popa hablaron con el piloto, quien dió un gorro y un manto al que parecia gefe. Entusiasmado con el regalo, convidó al piloto á pasar á tierra, asegurándole un buen tratamiento y algunos

regalos. Admitida la invitacion, esperaron en la playa al piloto, quien mandó su bote para pedir licencia al Almirante: lo que tomaron los indios por una celada, y pasando de nuevo á su canoa huyeron con una velocidad increíble, y no se les volvió á ver.

Su color y otros caracteres físicos causaron una viva impresion en el ánimo del Almirante. Suponiéndose en el séptimo grado de latitud, aunque estaba en el décimo, habia esperado hallar á los naturales semejantes á los de Africa bajo el mismo paralelo, es decir, negros, achaparrados, pero esbeltos y con pelo crespo ó mas bien lana; y por lo contrario, aquellos indios eran de bella forma, sus cabellos largos, y ellos mas blancos que los que vivian mas distantes del Ecuador. Tambien el clima, que debía ser mas cálido en las cercanías de la línea, parece mas templado. Estaba en la canícula, y sin embargo refrescaban tanto las noches y las mañanas, que se veian obligados á arrojarse como en invierno. Así sucede en muchas partes de la zona tórrida, especialmente en tiempos calmosos. La naturaleza en aquellas latitudes templadas el calor del suelo durante la noche con copiosos rocios. Quedó Colon complejo al observar tales contradicciones del orden natural, segun lo observado en el Antiguo-Mundo, y siguiendo á la teoría de Ferrer el lapidario; pero estas mismas contradicciones contribuyeron á la formacion de otra teoría

que estaba formulando en su imaginación incansable, teoría de que se hablará á su tiempo.

Después de anclar en la punta del Arenal, se permitió á las tripulaciones desembarcar y refrescarse en los bosques sombríos y verdes praderas de la isla. No hallaron manantiales de agua; pero abriendo pozos en la arena pronto tuvieron la suficiente para llenar sus cascós. Colon vió entre tanto que era su anclage sumamente peligroso. Pasaba una corriente rápida desde Levante, por el estrecho formado entre la tierra firme y la Trinidad, fluyendo, según él dice, día y noche con tanta furia como el Gualdaquivir cuando se sale de madre. En el paso entre la punta del Arenal y la que le correspondía en la tierra firme, la corriente se hallaba estrechada, y rugía y hervía de tal modo, que pensó Colon que la cruzaban bancos y rocas, impidiendo la entrada con otras que había más distantes, contra las cuales resonaban las olas como al estrellarse en escollos de una costa llena de bajos. A este paso, por su temible apariencia, le puso el nombre de Boca de la Sierpe. Se hallaba, pues, entre dos dificultades: las continuas corrientes impedían al parecer su vuelta, por un lado, mientras las rocas que asediaban el otro amenazaban destruir al que intentase pasarlas. Estando á bordo de su buque, ya muy entrada la noche, sin permitirle conciliarle el sueño los dolores de su enfermedad y los cuidados de su ánimo, oyó hacia el Sur un bramido estridente. Al mirar en aquella dirección vió levantarse la mar á la manera de una encrespada colina, cubierta de una espuma, tan alta como un navío, y precipitarse hacia el bajel con el mas espantoso estrépito. Colon tembló por la seguridad de sus buques. Su propia carabela se levantó violentamente á tal altura, que temió Colon que zozobrase ó se estrellase contra las rocas. Arrastró también otro buque de su anclage y le puso en eminente peligro. Las tripulaciones se consternaron temiendo perecer en aquel movimiento y violencia de las aguas, pero pasó y se desvaneció la montañosa ola después de un espantoso choque con la contra-corriente del estrecho. Se supone que esta convulsión repentina procedía de la crecida de alguno de los ríos que entran en el golfo de Pária, desconocido aun de Colon.

Deseando alejarse de tan inminentes peligros, envió botes al día siguiente á sondear el agua de la Boca de la Sierpe, y averiguar si era ó no posible pasar los buques por ella al Norte de la isla. Volvieron con sumo júbilo diciendo que había muchas brazas de agua, y corrientes por ambos lados para entrar ó salir por él. Y levantándose una brisa favorable, se hizo desde luego á la vela; y pasando seguro por el formidable estrecho, lo salvó muy pronto y se encontró en una mar tranquila. Estaba en el lado interior de la isla. A la izquierda se extendía aquel dilatado golfo conocido después con el nombre de Pária, que suponía fuese la mar, hasta que probando el agua vió con sorpresa que era dulce. Siguió navegando hacia el Norte, en dirección á una montaña del Nor-Oeste de la isla, catorce leguas más allá de la punta del Arenal. Allí vió dos elevados promontorios, uno enfrente de otro, el primero en la isla de la Trinidad, y el otro al Oeste en el cabo de Pária, que se extiende desde el continente y forma el lado del Norte del golfo; pero considerando Colon una isla, le dió el nombre de la isla de Gracia.

Entre estos cabos había otro pasaje más peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de breñas, entre las cuales forzaba la corriente su paso con estrépito y turbulencia. Este pasaje tomó de Colon el nombre de Boca del Dragón. No queriendo arrostrar sus aparentes peligros, viró al Norte el domingo 5 de agosto, y navegó por el interior de la supuesta isla de Gracia, con intención de continuar hasta ver su fin, y virando de nuevo al Norte entrar en alta mar y dirigirse á España.

Era una hermosa costa, con numerosos puertos; los campos estaban cultivados en muchas comarcas, cubiertos de algunos árboles frutales y otros de magestuosas selvas, recibiendo el riego de muchos ríos. Lo que más admiraba á Colon era que el agua fuese dulce, y tanto mejor cuanto más adelantaba; pues se hallaba en la estación del año en que los diferentes ríos que desembocan en el golfo, llegan á él hincharse por las lluvias, y vierten tal cantidad de agua dulce, que neutraliza la sal del Océano. También le sorprendió la plácida calma del mar, tan tranquilo y seguro como un gran puerto; por lo que no había necesidad de buscar anclage.

Hasta entonces le fue imposible tener comunicación alguna con los habitantes de aquellas regiones del Nuevo-Mundo. Las costas que había visitado, aunque cultivadas á trechos por la mano del hombre, estaban desiertas y mudas, sin haber visto Colon más gente que la fugitiva que ocupaba la canoa de la punta del Arenal. Deseaba en extremo encontrar algún ser humano que rompiera aquel silencio y le diese noticias del país. Después de navegar muchas leguas por la costa, ancló el lunes 6 de agosto en un punto en que vió señales de cultivo, y envió botes á las playas. Hallaron los marineros huellas de hombres, resco de varias hogueras, restos de pescados asados, y pisadas recientes, á más de una casa sin techo é inhabitada. La costa era montañosa, cubierta de bellas arboledas frutales que servían de morada á numerosos monos. Siguiendo hacia el Occidente; donde era más igual la tierra, ancló Colon en un río.

De pronto se acercó una canoa con tres ó cuatro indios á la carabela más inmediata de la orilla cuyo capitán, fingiendo que deseaba acompañar los indios á tierra, saltó á su canoa, la volcó, y con la ayuda de los marineros aseguró á los indios que iban nadando. Cuando se los trajo al Almirante, dispuso desde luego su miedo con la benignidad acostumbrada; les dió cuentas de rosario, cascabeles y azúcar, y los envió muy alegres á tierra, donde los aguardaban sus compatriotas. Este buen trato dió como siempre muy buenos resultados. Los indios que tenían canoas se acercaron á los buques le mayor confianza. Eran altos, bien formados y sueltos en sus maneras. Tenían el cabello largo y extendido; algunos le llevaban corto, pero ninguno trenzado como los naturales de España. Sus armas consistían en arcos, flechas y escudos. Los hombres ceñían su cabeza y cintura con telas de algodón de varios colores, ingeniosamente labradas, de modo que parecían de seda desde lejos; pero las mujeres iban enteramente desnudas. Trajeron pan, maíz y otros comestibles, con diferentes clases de brebajes: unos blancos hechos de maíz, y parecidos á la cerveza; otros verdes, de sabor vinoso y exprimidos de varios frutos. Juzgaban de las cosas al parecer por el olfato. Cuando se acercaron al bote, le olieron, y luego á la gente. Del mismo modo examinaban los regalos. Hicieron poco caso de las cuentas, pero inclinados de los cascabeles. También apreciaban extraordinariamente el bronce, y hallaban probablemente muy agradable su olor, pues le llamaban *turey* ó venido del cielo.

Por ellos supo Colon que el nombre de aquel país era Pária, y que más lejos al Occidente estaba más poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guías y mediadores, navegó ocho leguas al Oeste, hasta un punto que él llamó la Aguja, donde llegó á las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embobado contemplando la belleza de aquel país. Estaba muy cultivado, muy poblado, y cubierto de una vejetación riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores y de frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, y volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave y templado, y respiraba la

fragancia de las flores de que estaba empapado, y mil sonoras fuentes y cristalinos arroyos conservaban la frescura y la lozania de las plantas. Tanto agradó á Colon la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que le puso el nombre de los Jardines.

Vinieron innumerables indios en sus canoas, que eran de mejor construcción que todas las vistas hasta entonces, grandes y ligeras, y con un camarote en medio para el amo y su familia. Convidaron á Colon en nombre de su rey á pasar á tierra. Muchos llevaban alrededor del cuello collares y láminas bruñidas de aquella especie inferior de oro, llamado guanín por los indios. Decían que venía de un país que señalaban con la mano, no lejos de allí, al Occidente; pero añadían que era peligroso el viaje, porque los habitantes eran canibales, ó por estar llena la tierra de animales venenosos. Pero lo que repentinamente llamó la atención y despertó la avaricia de los españoles, fue ver alrededor de los brazos de algunos de ellos grandes sartas de perlas. Le dijeron á Colon que las cogían en la costa, al Norte de Pária, que él suponía aun isla; y le enseñaron las conchas de nácar de que las habían tomado. Deseoso de adquirir más informes y de procurarse muestras de perlas para enviárselas á España, envió los botes á la orilla. Al desembarcar los españoles salieron muchos indios á recibirlos, mandados por el primer cacique y su hijo. Los trataron con profundo respeto como descendientes del cielo, y los llevaron á una casa espaciosa, residencia del cacique, donde los agasajaron sencilla y cordialmente, dándoles pan y frutas de exquisito gusto, y las variedades de licor de que se ha hablado. Mientras estuvieron en la casa, se mantuvieron todos los hombres á un lado y las mujeres á otro. Acabada la colación del cacique fueron á casa de su hijo, que les dió otra semejante. Era gente muy afable, aunque dotada al mismo tiempo de más intrepidez y marcialidad que los hijos de Cuba y de España. Aunque tan cerca de la línea equinoccial, dice Colon, eran más blancos que cuantos hasta entonces había visto, cuando él esperaba hallarlos del color de los etíopes. Llevaban adornos de oro, pero de inferior calidad: un indio tenía en la mano un pedazo del tamaño de una manzana. Habían domesticado muchas especies de loros: una de verde claro con cuello amarillo, y las puntas de las alas de brillante carmin; otras del tamaño de gallinas, de un vivo color de escarlata con algunas plumas azules en las alas. Daban con franqueza sus loros á los españoles; pero lo que estos más codiciaban eran las perlas, de que vieron muchos collares y brazaletes entre las mujeres indias, que los cambiaban alegres por cascabeles ó otros juguetes de metal, y así se juntaron preciosas muestras que las mandó el Almirante á los soberanos.

La bondad y buena acogida de aquellas gentes era más apreciable por la inteligencia y franqueza marcial que su aspecto revelaba. Parecían dignos del bello país en que vivían. Era causa de mucho sentimiento para ellos y para los españoles el no poder entenderse. Hablaban, empero, por signos: la mutua benevolencia hizo su comunicación fácil y agradable; y á la caída de la tarde volvieron á bordo los españoles altamente satisfechos de sus huéspedes.

CAPITULO III.

CONTINUACIÓN DEL VIAJE POR EL GOLFO DE PÁRIA.—VUELTA A ESPAÑA.

(1493.)

La cantidad de perlas finas halladas entre los naturales de Pária era bastante para alentar á Colon. Corrobórase este hallazgo la teoría de Ferrer, el docto lapidario, indicando que á medida que se aproximase al Ecuador encontraría en mayor abundancia las más raras y preciosas producciones de la naturaleza. Su

imaginación se llenaba rápidamente de cuantas circunstancias locales parecían favorecer sus deseos, y combiniándolas deducía de ellas las más halagüeñas consecuencias. Había leído en Plinio que las perlas son una transformación de las gotas de rocío que caen en las bocas de las ostras: si así era ¿qué lugar más propicio para su nacimiento y multiplicación que la costa de Pária? El rocío en aquellas regiones era grueso y abundante, y había tal abundancia de ostras que se suspendían en racimos de las raíces y ramas de la orilla del agua. Cuando entraba en el mar una rama y se sacaba después de algún tiempo, salía cubierta de ostras. Las-Casas, haciéndose cargo de las conclusiones de Colon, dice, que el marisco de que se acaba de hablar no era de la especie que produce las perlas, pues esta especie, por natural instinto, como si tuviese conciencia de la carga preciosa que en sí lleva, se oculta en las más profundas aguas.

Siguiendo en la creencia de que la costa de Pária era una isla, y deseoso de circunnavegarla y de llegar al sitio donde decían los indios que abundaban las perlas, salió Colon de los Jardines el 10 de agosto, y continuó costeando por el golfo hacia el Occidente, en busca de una salida para el Norte. Vió trechos de tierra firme hacia el extremo del golfo, que consideró islas, y les llamó Isabela y Tramontana, imaginando que la deseada salida estaría entre ellas. Al paso que adelantaba, disminuía y se dulcificaba el agua, hasta que no se atrevió á ir más lejos con su buque, demasiado grande para aquella especie de descubrimientos, pues requería tres brazas de agua. Ancló, y envió una pequeña carabela llamada el Correo, para averiguar si había salida al Océano entre las supuestas islas. Volvió la carabela al día siguiente diciendo, que al extremo occidental del golfo había una abertura de dos leguas, que conducía á un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecían pequeños golfos, ó más bien bocas de ríos, de donde salía gran cantidad de agua dulce que desalaba el mar vecino. En efecto, por una de aquellas bocas sale el grande río Cuparipari, ó como se llama ahora, el Pária. A este golfo interior y circular dió Colon el nombre de golfo de las Perlas, por la equivocada idea de que abundaban en sus aguas, aunque de hecho no existen en ellas. Creía que las cuatro aberturas del golfo eran intervalos entre las islas, aunque afirmaban los marineros que toda la tierra que vieron era un solo continente. Como era imposible ir más lejos hacia el Occidente con sus buques, no le quedó más recurso que desandar su camino, y buscar salida al Norte por la Boca del Dragón. Hubiera deseado continuar explorando la costa, porque se creía en una de aquellas opulentas regiones pintadas como las más favorecidas de la tierra, y cuyas riquezas crecían en razón de su proximidad al Ecuador. Pero consideraciones imperiosas le obligaron á acortar su viaje y á volver á Santo Domingo. Las provisiones de sus buques estaban casi apuradas, y las destinadas á la colonia empezaban á deteriorarse. También su salud se hallaba muy menoscabada. A más de la gota, que le afligió durante casi todo el viaje, padecía de la vista por las fatigas de la vigilia que casi le privaban de este sentido. Ni aun el viaje de la costa de Cuba, dice él mismo, en que pasó treinta y tres días, casi sin dormir, había dañado tanto sus ojos, ni destruido tanto su constitución como el de la costa de Pária.

El 11 de agosto se hizo, pues, á la vela para la Boca del Dragón, arrastrado con mucha velocidad por las corrientes, que le impedían desembarcar en los Jardines. El domingo 13 ancló cerca de la Boca, en un buen puerto, á que llamó de los Gatos, por una especie de mono llamado Gato-Paulo, en que abundaban aquellas cercanías. A las orillas del mar vió muchos árboles, que, según creyó, producían el mirabolano, fruto peculiar de los países del Oriente. Había